

Exterminio

Juan Manuel Silva Barandica



Exterminio

Juan Manuel Silva Barandica

© Juan Manuel Silva Barandica, 2019

© Komorebi Ediciones, 2019

Colección Mil peces blancos (poesía)

Primera edición: octubre de 2019

Registro de propiedad intelectual N°: 308.976

ISBN: 978-956-09161-7-4

Imagen y diseño de cubierta: Maite Naranjo

Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.

Serrano 958

Valdivia, Chile

komorebi.ediciones@gmail.com

Impreso en Chile por Gráfica Lom

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.



PROYECTO FINANCIADO POR EL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2019.

Exterminio

Y ahora, hijo del hombre, ¿qué haces aquí? Levántate, huye al desierto,
llévate allí la copa de las tribulaciones,
desgarra allí tu alma en muchos pedazos,
y entrega tu corazón como presa de una ira impotente;
vierte tus abundantes lágrimas sobre los rizos de las peñas,
y suelta tu amargo clamor para que se pierda entre la tempestad.

Hayyim Nahmán Bialik

2. Él ha formado, pesado y compuesto con estas veintidós letras cada alma,
y el alma de todo lo que de aquí en adelante deberá ser.
3. Estos veintisiete sonidos o letras son formados por la voz, impresa en el aire,
y modificados de forma audible en cinco lugares: en la garganta, en la boca,
por la lengua, entre los dientes, y por los labios.

Sepher Yetzirah (El Libro de la Creación)

I

No es la escritura un tránsito de almas. No es el signo estafeta del aliento. Hay un rumor que no explica. Hay una cadencia que no ilumina. El sentido sombrío se ha perdido entre el color de la tierra y la sangre. Y es aquel nombre, aquella sentencia desde el silencio, solo el ángel que ha sido confiado a la presencia, solo el traductor de la muerte. Pues frente a la voz, el soplo traiciona al cuerpo.

II

Suspendido en eclipses pendulares, en la precisa sucesión de la ausencia, el cuerpo rememora lo que ha de ser, el soneto del ángel tácito sobre el edificio del mundo, la extinción en un abrir de loto y cómo se compone detenida por su estancia: se contrae y explota al mismo tiempo.

El huevo Ankh. La presencia introscondida del amor. Fermento. Lo que amas debe pasar, pues solo lo que amas te será arrebatado. Así, del extranjero a la existencia, la carne, el vértigo de las fibras urdiéndose. Todo es danza. Mas danza es el instante del abrigo, donde ni arriba ni abajo son materia. Donde el tiempo se transforma en abismo.

Sostenido por los gritos de los antiguos, de los humillados, por los árboles que cornisan la oquedad, el nombre vaciado en piedra oscila entre el día y la noche. Bajo la frente habita el mar. En la espesura de la historia, la cifra que cuida de los rostros ha caído arena en un golpe de cielos aún sagrados, cuando la voz había sido, donde la pronunciación del fruto era trémolo. Las esfinges guardaron la música. Y los cuatro ríos se durmieron en la afonía de los cuclillos. Entonces las estatuas juraron la sangre en ceniza. Sus ojos no quisieron responder a los astros.

Así los gigantes sepultaron los colores. Así los mares huérfanos al hacerse uno con la tierra. Así la luz se hizo signo del destierro. Así ya nunca hubo escucha. Así la voz murmurada.

Solo resiste quien vela. Solo la muerte es ignífuga.

III

Las constelaciones separan al niño de lo abierto. El arte celeste prevalece a las madres en el retorcerse de la bestia. Y bajo las flores del pasado la noche vaga ahíta, al detener el curso interno (Y el dolor no cesará. Y el imperio no tiene fin), suspendiendo su pasar de las luciérnagas. Los nacimientos del sol son seña del nombre, pues en las profundidades el hollín de los siglos limpia la órbita del bosque. Sana el rostro del afligido. Alecciona al maestro. Dispensa aliento a la boca.

Solo conoce el reflejo quien se ha traducido en luz.

Solo refleja quien la voz ha destruido.

Nimbados dentro de la bestia, seres diáfanos con apariencia de dioses, transforman la piedra en agua, en sangrienta teurgia, en vida verdadera, en arcano diseño bifaz. En él, el desierto desnuda el exterminio y la visión del decurso, el enmudecimiento de la materia divina y, repetido en los oscuros nódulos, el umbral del hogar. En el hijo, la forma estelar ausenta la roca del criptograma. El hijo, dintel.

Y se creará en los dones. Y se temerá los abismos, pues las galerías de la detención son más profundas que la ruina. El alma no puede entrar al tiempo. El tiempo eclipsa la reunión.

No entrará a la familia pues el amado es un espejo en la pesadilla de la aurora. No hubo ni habrá futuro en las semillas.

Los adivinos construirán vida en el templo. Los hierofantes no soportarán la oscuridad del hogar.

IV

El oráculo de los necios llama tormenta al rumor del rayo. Aquella cadena de la concordia entonada en llamas para los hombres se perdió entre las lenguas, donde el cenit impide acceder al crepúsculo, al llano solar, pálido espejismo del éxtasis. Del huevo guardan las estaciones secretas la aparición de la sombra. La madre avispa ha hospedado de astros los cuerpos y los derviches son eco de dioses y planetas acariciándose sin contacto, procreando la lubricidad del desconcierto. Una letra, una runa, ha sido llamada en el curso de las siembras. El cuerpo hecho canto pende. El óxido de la sangre se ha consumido en tejido y el ropaje de los hombres despierta en cada ángulo naciente. El tapiz inunda. No lee quien esconde cicatrices. La música de los seres vivos es el pan que se arroba entre las brasas.

Quien desnuda el sonido de su cuerpo sostiene resonancias sin repetir. Lo abierto te llena como en el tiempo del verbo, como en el tiempo de la escucha. La lengua besa. En la profundidad, ni leja que debe el perdón al hijo, ni hueso hueco se sopla para animar la presa. Solo el nombre articulado cristaliza en todos los nombres la presencia de la madre. Duerme al hijo en el hilo de ceniza. La destrucción de la familia es cada epifanía, cada iluminación, cada luciérnaga, cada imperio. La fortaleza del tapiz es la cruz, el pacto, el pez donde vela. La larva es el umbral. En la hoguera el niño aguarda por la noche que la fibra se anude rasgando, que el cabello taña la calvicie, que cada oración encuentre el eclipse, que cada recuerdo sea un crisma.

Los heliotropos no siguen al padre.

Mientras los vencidos buscan un zafiro, la negra barba de la sombra se anuda hasta la materia. Los pétalos de la creación dirigen la mirada a la roca y las edades se desperezan al alba de la escritura, cuando aún los fanales no han mostrado el desastre.

Hay un precipicio que ciega las alcobas.

Hay un afuera abierto más allá de las cosas.

Hay un murmullo tras el horror que invita a arrojarse.

V

Me acostumbro al sosiego de las lenguas, me adhiero a su ley, a su hato. Y es solo el yo el que me duerme en una sucesión de bosques y desiertos. He aceptado el vicio del ciego, guardando a padre y madre bajo el lecho. Es la espera de la aurora su mismo delinearse sobre el rostro, como un refulgente torbellino entre los ojos, como la efigie infantil que se halla en el óbolo, en el canto circular, en el río que deja de ascender para cobijarse en la leche, para morir en el pezón. Y es que no hay escapatorias en el arte de la luz, no hay raíces en el espejo pintado por la memoria en las espaldas. No hay advenimiento, sino avenencia. Estoy calmo, hecho de sustancias que han comprendido lo ausente. El cuerpo no significa, ni puede decir, así como los signos.

Esta mudez que ensordece, este sopor con la fusiforme silueta del crimen, la sentencia de las materias rebeladas. El límpido resplandecer de la noche sin enigmas. También hospedar el abismo, la numerosa profundidad, la invitación al tráfigo oscuro que enquistada de plenitud el alma.

El gesto del silencio y su figura, la joya extrañada en la corona, crisma en la llaga que ha dejado la saeta.

Perseveran como una imagen detenida en los custodios perros del reconocimiento. Una forma de sombra no es más que el aprendizaje en la comunicación con las presencias. La primera palabra en la boca de un niño.

VI

¿Acaso el sol no esconde un fantasma? ¿Acaso el viento no es un sueño sin vigilia? ¿Acaso el agua no es la sangre diferida? ¿Acaso el tiempo del cometa no es distinto al de la carne? No hay certezas en el entusiasmo y no hay más que reflejos del aura. No hay plenitud.

Somos responsables de la muerte mas no de la vida: cada materia engastada en el diseño inmediato es parte de un atrás ineluctable.

Su aparecer un umbral. No hay propiedad sobre las mutaciones.

El espíritu es la semilla intacta en la pirámide, que aún guarda su saber a la familia. Su ley es siempre un advenir. No hay rosa ni lirio, sino una sujeción por la cual interceder: mutilación de las entidades definidas. La sustancia es el médium del gran silencio. Así la cobardía del futuro vuelve decible a cada ser aplomado a la existencia. No, no hay curso para el permanecer. Ya cada nacimiento significa asesinato, cada aparición su abismo numeroso. El lenguaje es el tiempo del concilio. ¿O acaso la historia no ha enmudecido su fermento en hiel? ¿O acaso los sapos, los lemures, las marsopas, los hurones, las mariposas, las águilas, las ballenas, los tritones, los alerces y los hombres han entrado a la renuncia del crepúsculo? ¿No es el resistir más que un egoísmo frente a la aurora? ¿Cómo comprender al coral desde la espuria progenie? ¿No es acaso una construcción que detiene la codicia de las genealogías? ¿No es entonces el rostro de los padres un instante invertido en el hijo? La falacia del fin, un sacramento que ha nutrido la tecnología espiritual. Solo aquello muerto puede significar. Los perros y las polillas lo saben, pero pertenecen a la nimbada constelación, siendo señales de los nuncios, cuerdas en el arpa que cerró el oscuro sendero hacia el vergel. El mundo es el discurso del universo detenido. No hay traza ni duración, solo un revés bestial que astilla nuestro tronco hasta verlo genuflecto.

Los elementos son una lengua entre los sordos (ya los antiguos maestros son signos en ella). Y las ciudades, los palacios y los hogares no ciegan los besos del desierto, los montes y las riberas.

Y no es el decir, sino el exterminarse en cada letra como un farellón, para que la lágrima sea uno con el océano.

VII

Cierra el destino de la sal. Es fisura entre el mar y el desierto. En la nutricia floración de materias desechas, en la intención del bosque, en la grama, en el soto del fresno blanco, aquel sumidero del rayo, se teje una tibia trampa sobre la verdad. Ya la raíz-mariposa en el vientre está en posición de crisálida. La luz en la hierba es superficie. No hay contacto con los niveles traducidos: éter, minerales, flora y bestias. No hay regreso para el morador. No hay aparecer para el nacido, solo el agua bajo el nombre y su espejismo.

Entierra un hueso en el fingido bosque y será un niño en posición de loto. Será digno de la repetición. La mostaza es el salto de la existencia hacia el fruto que no cae. La apertura al árbol negro. El ritmo del acontecer es la celosía que impide al durmiente amado encender el hogar. Cierra el centro salino. Es el único ombligo, comunica al húmedo universo con las presencias justas, con el revés de las interrupciones, con la incontestable potestad de colosos y esfinges. La pirámide es el código de las montañas. La sal: una incierta ruta hacia el fin de las mutaciones.

Lunáticos y rebeldes, los cuerpos siguen las sibilantes procesiones de las aguas, olvidando la ley de la piedra, el designio del astro primero, suma de los intercambios en su compacto exterminio. Aquello llamado antiguamente huevo, no es más que la melancolía de una entidad purificándose. El hígado no dispensa más que aplazamiento. El padre no es riñón. En la copa del amado el vino ya es inmunda borra. Y la embriaguez, contagio. El huevo, hipóstasis del organismo, limpia de sangre las vías: un negativo de la luz, no es sombra. Es la inversión de la verdad sin ser mentira.

Cierra el círculo de sal. La humedad atrae a demonios y moscas. No, el agua no es armonía, es el cenit del sentido sombrío, donde la aurora que despertará al amado no ha sido más que un murmullo en el delirio del beodo, en la risa del árido sereno. Cierra el terreno de la sal. Incluso el residuo maldito, la sal del precio, es hermana del cometa y la eternidad constelar. Es su tiempo. Es la columna de la voz, de la invocación, el abrazo entre el reino y la corona, la iridiscencia de los

cuerpos abandonados en la desnuda llanura. Y la soledad no es más que una oscura compañía. La sombra no es sin la tea. Así el rigor y la misericordia. La sal es parte del movimiento celeste. Los minerales son la huella del pasar.

Cierra la esfera de sal y párate dentro de ella. No hay más que desaparición en el crecimiento. No hay más que arena para la voz. No hay interior, sino un vasto desierto, afuera. Y no hay división del nombre. Abre con la sal el sello y no con metales, que la piedra es el corazón doliente de Dios.

La sal es la memoria, un puente con el remoto confín. Es el túmulo que corresponde a la figura de la bestia con la del converso. Aceptar la ley es desterrarse del destierro.

Escribe en sal el templo e Hiram descorrerá los velos del Tabernáculo.

VIII

Toda presencia en movimiento tiende a la caída. No lo señalan los orígenes, ni las artes materiales, sino los fármacos que se confunden con la grama. La madera rota no ha de llorar, ni hospedar a Dios siquiera. Recuperará la vista en la savia no dispersa. Hay un movimiento que corresponde a los pueblos, que fue escritura de todo aquello pendiente. Y la deuda y el falso oscilar, son las preguntas de aquella vida a la que nuestro lenguaje avanza. El caminar del pasado fue procreación, delimitación de formas en la cruz, no en la certeza del amado. Como los signos son detenidos, las diez casas aguardan el uno, no el once, sino el regreso al atrás de la bestia. La inversión de la cifra es un camino nebuloso. Las altas montañas son su nimbado desecclipse. El lugar donde la carne se hizo lengua y el poema final se guardó en la memoria del libertador.

La poesía, cadena.

El desierto tiene muchos rostros y su nombre no alude. Aunque sea la senda de las multitudes, algunos sobreviven. Crece la grama, el tallo y el árbol y algunos tienen el rostro quemado. A pesar de que se abran sin límites las salidas, solo uno conoce la entrada. No hay justos para el acontecer de la primavera. Su condición es necrófaga. Y no es más que retardo. Solo el niño junto al perro pueden ver al felino en la jungla, y cada rostro sujeto a la floración. Las rayas del tigre son el alfabeto del velo. Tanto adentro como afuera el soplar de lo alto regará de ceniza la siembra. No hay abogados ni acompañantes al final de la cosecha. La tierra y su bifronte constelación han ahuyentado a lombrices y cuclillos. Solo un ruiseñor. Ni comunicación ni mostaza, más que el vestido de la abundancia.

Todo movimiento es ya caída. Todo lenguaje sin dirección es destierro. Exterminio.